

XXVIII.

La muerte de Maxtla y la destrucción del imperio tecpaneca, fué el grande y doble suceso que afianzó sobre sólidas bases el poder de Nezahualcoyotl. Su preparación y consumación forman el mejor testimonio de los extraordinarios talentos del príncipe chichimeca, quien poseyendo el raro arte de disimular, de tener paciencia, vió venir de lejos los acontecimientos, supo desorientar á sus enemigos, ponerse al abrigo de sus perversas maquinaciones, burlarlos en seguida y convertir en provecho de su causa el descontento de los pueblos y los errores de sus tiranos. El destronamiento y muerte del autor de sus dias, aquella catástrofe sangrienta que le dejó humillado y proscrito, eran hechos que tenia constantemente en la memoria, aguijoneando su valor, inspirándole una constancia á toda prueba para llegar al fin á reconquistar derechos que se identificaban con el bienestar de sus súbditos, que aun en los dias mas prósperos del usurpador, le profesaron esa adhesión sin límites que abrigan los pueblos por aquellos caudillos en quienes ven cifrada la esperanza de su libertad.

De sentirse es que Nezahualcoyotl hubiese abusado cruel-

mente de su victoria; pero es preciso tener en cuenta que en el desarrollo moral que habian alcanzado en su época los pueblos del Nuevo Mundo, todavia se hallaban muy lejos de esas ideas humanitarias que son el fruto de una civilización harto avanzada. Puede decirse, sin embargo, que aun cuando nuestro héroe cediese en gran parte al torrente de feroces preocupaciones de la sociedad en que vivia, su alta inteligencia estaba muy por encima de los bárbaros instintos de venganza, que á cada momento estallaban en manifestaciones horribles, buscando su satisfacción á costa de inauditas crueldades. Esta verdad la vemos comprobada en multitud de hechos, que forman la historia del personaje mas grande sin duda alguna entre los antiguos pobladores del Anahuac.

Durante dos dias y dos noches la ciudad de Azcapuzalco fué entregada á la furia de los vencedores, quienes la saquearon é incendiaron, pasando despiadadamente á cuchillo á sus habitantes, sin distinción de edad ni de sexo. El príncipe cedió á sus tropas los despojos de los vencidos, destinó la ciudad para mercado de esclavos, y dió en seguida las órdenes necesarias para marchar y concluir la conquista de los tecpanecas.

Movióse el ejército dividido en los cuatro cuerpos de que hemos hablado, y se dirigió desde luego á Tenayocan, antigua capital de los chichimecas, y una de las principales ciudades del reino. Después de algunos dias de resistencia fué tomada por los aliados, haciéndole sufrir un castigo igual al de Azcapuzalco. La misma suerte tuvieron Tepanohuayan, Toltitlan, Quauhtitlan, Teoloyocan y todas las demas poblaciones situadas al Norte hasta Xaltocan, en cuya campaña se empleó el resto del año. Llamándole empero la atención los sucesos de Tezcoco, determinó Nezahualcoyotl suspender por entonces la conquista, dejando fuertes guarniciones en los puntos que juzgó necesario y volviendo con su ejército á México. Despidió una parte de las tropas aliadas, colmándolas de elogios y de presentes, y manifestándoles que no

tardaría mucho tiempo sin que de nuevo emplease su ayuda para acabar de someter á los príncipes rebeldes.

En la capital de los aztecas los triunfos sobre el enemigo comun fueron celebrados á fines de aquel año con una pompa inusitada, en que no escasearon los sacrificios humanos, corriendo con profusion la sangre de millares de cautivos. Aunque al príncipe repugnaban aquellas prácticas de horrible fanatismo, asistió á las ceremonias por mera condescendencia con sus aliados y amigos. Justamente agradecidos los mexicanos, quisieron jurar á Nezahualcoyotl por gran chichimeca tecuhtli y heredero legítimo del trono de Tezcoco, pero el príncipe se negó á ello, emplazando aquella solemnidad para cuando acabase de reducir á la obediencia á los que con motivo de la rebelion de Huexotla, se habian sublevado, lo mismo que los restos del reino tecpaneca.



XXIX.

En efecto, mientras que la victoria habia ceñido con gloriosos laureles las sienes de Nezahualcoyotl en los campos de Azcapuzalco, el traidor Iztlacautzin, ayudado activamente de Tlilmantzin y Nonohualcatl, habia extendido la sublevacion de Huexotla á una gran parte del imperio chichimeca, apoderándose de la capital y levantando un gran número de fuerzas. El príncipe no desconocia la importancia de aquellos sucesos, pero disimulando la inquietud que le causaban tomaba parte en todos los regocijos de los mexicanos, dejándoles aun entrever la idea de quedarse á vivir entre ellos, para lo cual deseaba construir un suntuoso palacio.

Los mexicanos aceptaron con gusto semejante idea, apresurándose á obsequiar sus deseos y reuniendo todos los materiales y trabajadores necesarios para la obra. Nezahualcoyotl escogió á Chapoltepec, haciendo en él un bosque que abasteció de abundantes animales de caza. Los autores chichimecas le atribuyen las albercas formadas en aquel poético sitio, así como un acueducto de mampostería para surtir á la ciudad de México.

En medio de estas aparentes distracciones no olvidaba un

solo momento la situacion de sus Estados. Deseoso de evitar en cuanto fuese posible las desastrosas consecuencias de una nueva guerra, mandó mensajeros á los jefes sublevados, manifestándoles la buena disposicion en que se hallaba para perdonarles sus errores, siempre que volviesen sobre sus pasos y se sometiesen, y ofreciéndoles que satisfaria todas las quejas justas que tuvieran y olvidaria su conducta pasada, pero que seria inflexible si acaso persistian en llevar adelante sus perversos designios. Aquellos nobles ofrecimientos fueron no obstante inútiles; los sublevados contestaron con suma arrogancia, fiándose en el gran número de tropas que tenian dispuestas, y dando por razon la alianza del príncipe con los mexicanos, á quienes cordialmente detestaban.

Al recibir aquella soberbia contestacion, vió Nezahualcoyotl que era inevitable apelar á la fuerza de las armas. Marchó, pues, sin dilacion en la primavera de 1429, llevando consigo un considerable ejército compuesto de chichimecas, mexicanos y tlaltelolcas, acompañándole los reyes Itzoohuatl y Quauhtlatohuatzin, y los príncipes Moteuhzuma, Tlacaeltzin y Axayacatzin, así como otros muchos valientes capitanes.

El embarco de las tropas se verificó de noche en Tlaltelolco, y el dia siguiente muy temprano llegaron á Tezcoco. En el acto dispuso Nezahualcoyotl atacar la ciudad; pero los enemigos estaban prevenidos y resistieron el empuje del ejército aliado. El combate se prolongó todo el dia, y al llegar la noche cada uno de los beligerantes se fortificó en los puntos que ocupaba. Esta operacion se repitió por siete dias consecutivos, durante los cuales los agresores avanzaban muy lentamente en la ocupacion de la ciudad. Por último, habiendo llegado de México un refuerzo considerable, el ataque se emprendió con gran vigor, y viendo Iztlacautzin y sus compañeros que no era posible prolongar mas tiempo la defensa, apelaron á la huida, metiéndose con el resto de sus tropas á la sierra de Tlaloc.

Inmediatamente se destacaron tropas en persecucion de

los fugitivos, cuyos jefes escaparon sin embargo, y Nezahualcoyotl ocupó con los reyes y príncipes su palacio de Cilan. El pueblo entonces ocurrió á implorar su clemencia, haciéndole presente que no habia secundado á los rebeldes ni habia dejado de permanecer fiel á la obediencia jurada. El príncipe se mostró bastante benigno para con sus súbditos, ordenando que se respetasen las vidas y los bienes de los habitantes, y lo unico que hizo para ostentar su poder victorioso fué quemar algunos templos, en lo que era guiado, lo mismo que en Azcapuzalco, por la idea de destruir aquellos focos de una supersticion contra la cual se rebelaba su grande alma, pues no tenia mas creencia religiosa que la de un supremo autor de todo lo creado.

Dos dias permaneció en Tezcoco para poner algun orden en la administracion pública. Dirigióse en seguida á Huexotla, que ocupó despues de haber vencido una ligera resistencia, y la abandonó al saqueo de sus tropas. Otro tanto hizo con Cohuatlican, Cohuatepec y otras poblaciones de menos importancia, situadas al Sur hasta Iztapalocan. En todas ellas dejó bien establecida su autoridad por medio de suficientes destacamentos; puso guarniciones en las fronteras de las provincias enemigas de Cuiclahuac y Xochimilco, y sin continuar por entonces las operaciones sobre los pueblos del Norte, porque los aliados deseaban ya volverse á sus hogares, regresó á México, en donde fué recibido en medio de las mas entusiastas demostraciones de júbilo.

Los triunfos obtenidos no eran bastantes para satisfacerle mientras que hubiera enemigos que combatir. De México envió embajadores á Tacopaintzin, señor de Xochimilco, proponiéndole la paz, mediante el reconocimiento de su suprema autoridad; pero este, que habia sido aliado fiel y constante amigo de Maxtla, se negó á todo avenimiento, contestando con la mayor insolencia á las pacíficas proposiciones que se le hacian. Entonces Nezahualcoyotl se movió con su ejército compuesto de tropas de su imperio y de tlaxcaltecas que

habian ocurrido á su llamado, desembarcando frente á Culhuacan.

Hallábase la ciudad de Xochimilco cercada por un foso profundo y lleno de agua. El príncipe dispuso que cada uno de sus soldados llevase consigo un haz de yerbas, los cuales sirvieron para llenar el foso en el lugar que le pareció mas conveniente, facilitando de esta manera el paso á sus tropas. Los defensores de la ciudad, que aunque superiores en número estaban muy lejos de igualar el valor y pericia de sus contrarios, desmayaron enteramente al ver allanado un obstáculo que creian insuperable, y no opusieron séria resistencia al ejército, que penetró hasta la plaza arrollando todo lo que hallaba en su camino. Entonces Tacopaintzin pidió á grandes voces que se suspendiera el combate, manifestando deseos de hablar á Nezahualcoyotl; éste le recibió, y despues de oír sus protestas de sumision, le perdonó la vida, mandó que se respetase á los vencidos, é imponiéndole un tributo anual volvió á México, en donde fué objeto de nuevas ovaciones por la no interrumpida série de victorias que habian coronado sus armas.

Estos sucesos tuvieron lugar á fines de 1429.

XXX.

La emulacion por una parte, excitada por los triunfos obtenidos por Nezahualcoyotl, y la gratitud por otra, puesto que su poderosa ayuda habia libertado á los mexicanos de la ruina cierta con que Maxtla los amenazara, despertó en estos el deseo de contribuir con su contingente á la campaña que tenia todavia que emprender el príncipe para someter á los rebeldes de su imperio. Reunióse á este efecto el senado mexicano, y acordó que se levantasen tropas que marcharan con el afortunado caudillo en busca de nuevos enemigos que vencer y nuevas glorias que conquistar. Esta medida encontró la mas cordial aprobacion de Itzcohuatl, quien aunque no veia con buenos ojos el rápido engrandecimiento de su sobrino, temiendo que cediese mas tarde en perjuicio de su pueblo, y no le pesaba por lo mismo verle envuelto aún en dificultades que no carecian de importancia, supo muy bien disimular sus verdaderos sentimientos, apresurándose á secundar la resolucio del senado, y excusándose de no haberla propuesto antes por temor de que se le tratase de parcial, atendidos los vínculos de parentesco que le unian con el príncipe.

Quiso empero Itzcohuatl como buen político, sacar partido de aquella forzada deferencia y con tal objeto propuso que se ofreciese á Nezahualcoyotl el auxilio necesario para que completase la sumision de los rebeldes que aún existian en sus Estados; pero que para satisfacer los intereses legítimos de todos, se pactase que las demas conquistas que se hiciesen se divi liesen por igual entre ambos monarcas, extinguiendo la especie de señores feudales que existian, y siendo dichos monarcas depositarios de la autoridad suprema, de tal suerte que no se pudiese resolver ningun negocio de gobierno sin el concurso de los dos. Nezahualcoyotl aceptó la propuesta por la necesidad que tenia del auxilio mexicano, pues él no estaba por la extincion de los señores, y solo puso por condicion que se le jurase como cabeza del imperio, de la misma manera que se habia hecho con sus antecesores, condicion que admitieron sin reparo Itzcohuatl y el senado, atendiendo á que en cambio de una simple ceremonia, obtenia el rey azteca una participacion efectiva en el gobierno.

Hechos estos arreglos, se dictaron las providencias necesarias para levantar las tropas mexicanas que debian concurrir á la completa pacificacion del imperio chichimeca. Por su parte, los tlaltelolcas, que seguian en todo el impulso de sus vecinos, se apresuraron á poner su contingente de fuerzas á disposicion de Nezahualcoyotl. Este ocurrió como otras veces al auxilio de sus antiguos aliados de Tlaxcallan y Huexotzinco, quienes no se hicieron sordos á aquel llamamiento, y organizaron un ejército de 10,000 hombres que se halló en México á principios de 1430.

Dispuesto todo para emprender las operaciones, concertóse entre Nezahualcoyotl é Itzcohuatl el plan que debia seguirse, y que consistia en trasportar el ejército por agua al territorio de Tezcoco, en donde formado en un solo cuerpo mandado por ambos soberanos, marcharia con toda la rapidez posible á la conquista de las provincias sublevadas. Hízose así, en efecto, verificándose el transporte en una sola noche y poniéndose luego en movimiento. Al llegar á Colhua-

tlican, á dos leguas de Tezcoco, el enemigo salió á su encuentro, trabándose un combate que duró algunas horas, y cuyo desenlace fué funesto para los rebeldes, que á pesar de su denuedo para luchar, tuvieron que ceder el campo al ejército aliado.

Continuóse la marcha el dia siguiente, por el rumbo del Norte, efectuándose un nuevo combate, igualmente funesto para el enemigo, cerca de Nepohualco. Más sería fué la batalla que tuvo lugar despues en un puente situado en el rio Papalotlan, entre Aculhuacan y Chiautla. El enemigo defendia el paso en gran número; pero tras una reñida contienda, en que la sangre corrió con profusion por ambos lados, los adversarios tuvieron que ceder el campo, retirándose al territorio de Chiautla.

En Acolman hubo que vencer mayores dificultades: hallábase allí un ejército considerable, de que formaban parte algunos de los mas valientes teapanecas que se habian salvado de la catástrofe de Azcapuzalco. Mandaba su ejército el señor de la ciudad, llamado Ochpancatl. La posicion de la ciudad era bastante ventajosa; pues rodeada de la laguna, solo tenia dos entradas perfectamente guarnecidas. Despues de tres dias de luchas constantes, los aliados lograron tomar estas, penetrando luego en la ciudad, cuya poblacion, segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos, fué completamente exterminada, salvándose solo las mujeres y los niños.

Un dia se detuvo allí el ejército para descansar, prosiguiendo despues su marcha, y tratando con el mismo rigor las ciudades rebeldes que se hallaban á su paso, entre las cuales solo opusieron alguna resistencia Tecoyocan, Tepecpan y Chiunautlan. Tomóse luego el rumbo del Este, y fué ocupado Teotihuacan, á pesar de tener una buena guarnicion. No fueron mas felices Quauhltanzinco, Acapoxco, Otompan y otros lugares de menos importancia, que fueron castigados en proporcion á la resistencia que hicieron.

En vista de estos sucesos, Cempohualan y Aztaquemecan mandaron embajadores á Nezahualcoyotl, declarándose so-

metidos, implorando la clemencia del vencedor y ofreciéndole regalos de víveres, conducta que les valió el escapar de los rigores de la guerra. Otro tanto hicieron Ahuatepec, Tepopolco, Apan y otras poblaciones que habian permanecido fieles al príncipe, á quien obsequiaron ámpliamente, felicitándole al mismo tiempo por sus dilatados triunfos. Estas circunstancias hicieron perder del todo el ánimo á los sublevados, cuyos jefes se pusieron en salvo por medio de la fuga, cesando enteramente toda resistencia.

El ejército entonces, despues de haber dejado fuertes destacamentos en las poblaciones mas principales, se dirigió por el rumbo del Oeste, llegando hasta la provincia de Tepozotlan. Tocó en su camino á Tezontepec, Temascalapan, Xaltocan y Teoloyocan, sin tener ya necesidad de batir á un solo enemigo, pues en vista de los importantes sucesos que en tan corto tiempo se habian consumado, salian los habitantes al encuentro de los vencedores, haciendo toda clase de demostraciones para manifestar su adhesion. Así siguieron los aliados hasta Quauhtitlan, de donde regresaron á México, siendo recibidos con el mayor entusiasmo.

XXXI.

Concluidas la conquista del imperio tecpaneca y la reduccion de los sublevados chichimecas, concluidas tambien las grandes fiestas públicas con que aquellos importantes acontecimientos fueron solemnizados, procedióse á dar cumplimiento al pacto celebrado entre Itzcohuatl y Nezahualcoyotl, que como se recordará contenia como puntos principales, la destruccion de los señores independientes y el reparto de las tierras conquistadas, entre los monarcas chichimeca y mexicano, que reasumirian la autoridad suprema.

Hemos dicho que Nezahualcoyotl repugnaba la idea de destruir á los señores; sin embargo, no trató de hacer prevalecer su opinion; empero, la influencia de una de sus concubinas, á quien los autores llaman Matlalzihuatzin, hija de Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, y que por su hermosura y talentos ejercia un grande imperio en el corazon del príncipe, persuadió á este á que asociase á su padre en el gobierno, quedando en posesion de sus dominios, los que serian aumentados con una parte del territorio tecpaneca.

Habia la circunstancia de que Totoquiyauhtzin reunia una